

LOS MILAGROS DE LA BIBLIA

Hugo McCord



Una excusa corriente para rechazar la Biblia como el Libro inspirado de Dios, es que «está llena de milagros». Por esta razón, nuestro estudio de la inspiración y autoridad de la Biblia no estaría completo sin un análisis de los milagros. La palabra que más usa el Espíritu Santo para describir los milagros de la Biblia, es la palabra «maravilla». Aunque la naturaleza normal es en sí misma una maravilla, en la Biblia se presentan múltiples ejemplos de maravillas hechas por Dios, que constituyen raras excepciones de las leyes de la naturaleza. Únicamente estas excepciones tienen relación alguna con las pruebas del cristianismo. Son obras de Dios que se desvían visiblemente de la operación normal de Su poder. Se definen más claramente por medio de ejemplos: lo que hizo Moisés en Egipto, en el Mar Rojo y en el desierto; las experiencias de los siervos de Dios que estuvieron dentro de un horno ardiente y de otro que estuvo en un foso de leones; la transformación que hizo Jesús del agua en vino; Sus sanidades instantáneas y Su resurrección de entre los muertos; la multiplicación que hizo de los panes y de los peces; la manipulación de serpientes por parte de Sus discípulos; y así por el estilo.

El tratar de racionalizar los milagros de la Biblia, o de representar a los hacedores de milagros de la Biblia como no más que maestros sicólogos, es insuficiente para explicar la alimentación de miles de hambrientos o el volver a la vida de Lázaro. Uno se ve obligado a decir, o que tales maravillas bíblicas son hechos históricos, o que son relatos ficticios. Los milagros de la Biblia fueron concebidos, no solamente para lograr ciertos efectos prácticos, sino también para autenticar un mensaje divino. Fueron credenciales para Moisés, para Cristo y para los apóstoles.

ARGUMENTOS CON QUE SE RECHAZAN LOS MILAGROS

Arriba se hizo referencia a cómo la Psicología

trata de forma obligada e insuficiente de explicar los milagros. Se trata de un esfuerzo por cerrar la brecha entre los milagros bíblicos y las leyes naturales. La mayoría de los incrédulos, no obstante, sencillamente consideran que los relatos bíblicos son falsos. Aseveran que «cuando comienzan los milagros, termina la historia». Dan por sentado que los milagros son imposibles. Presentan tres objeciones principales contra la realidad de los milagros: 1) «ningún testimonio puede ser prueba de un milagro», 2) «la ley científica de la uniformidad en la naturaleza hace imposible un milagro», y 3) «las afirmaciones que hace la Biblia, de milagros, no son más válidas que las que hacen paganos y otros».

«Ningún testimonio puede ser prueba de un milagro»

El escéptico escocés David Hume (1711–76) afirmaba que, por más credibilidad que se le atribuyera al testigo, ningún testimonio podría ser prueba de un milagro. Consideraba que los milagros eran asunto más para irrisión que para argumento.¹ No obstante, al adoptar Hume tal postura tan arbitraria, estaba yendo en contra de la opinión generalizada del mundo acerca del valor del testimonio confiable. El sistema judicial del mundo se construye sobre la comprobación de hechos por la palabra de testigos. Además, la verosimilitud de hechos históricos, tal como la historicidad de un personaje histórico como George Washington, se basa en testimonios.

La fiabilidad de testimonios válidos es una ley natural en la misma medida que lo es la constancia de la naturaleza. La constancia de la naturaleza, al ser confirmada por la experiencia humana, ha sido aceptada como ley natural. Exactamente del mismo modo, la precisión de testimonios confiables, al ser confirmados por la experiencia humana, ha sido aceptada como ley natural. El que se aferra a la ley

de la constancia de la naturaleza, como la razón para rechazar los milagros, está rechazando la ley de la fiabilidad del testimonio humano. Está poniendo una ley natural en contra de otra. ¡Se ve obligado a aceptar un milagro (una violación de la ley natural) con el fin de evitar otro!

Además, excepto en los estrechos límites de su propia experiencia personal, la creencia de Hume en la constancia de la naturaleza se apoyaba en testimonios. Todo lo que él sabía acerca de lo que sucedió en «otras eras y en otros países», lo sabía por testimonios. Por lo tanto, él aceptaba testimonios para derribar testimonios. Hubo momentos en los cuales Hume se percató de la falacia de sus razonamientos acerca de la insuficiencia de testimonios humanos para servir de prueba. Esto fue algo que reconoció con las siguientes palabras: «Pues reconozco, que [...] posiblemente haya milagros, o violaciones del curso normal de la naturaleza, de una clase tal como para admitir prueba de testimonios humanos...».² Citó incluso un ejemplo que estaría dispuesto a aceptar:

Así, suponga que todos los autores de todos los idiomas coincidieran en que, a partir del primero de enero de 1600, hubo oscuridad total sobre toda la tierra, durante ocho días: suponga que la tradición de este excepcional evento fuera todavía sólida y estuviera fresca en las mentes de la gente: que todos los viajeros que estuvieran volviendo de otros países, nos trayeran relatos de la misma tradición, sin que hubiera la menor variación o contradicción entre ellos: *es obvio que nuestros filósofos actuales, en lugar de dudar del hecho, deberían recibirlo como cierto [...]*³ (Énfasis nuestro).

Después de reconocer de esta manera que él se percataba de la fuerza del testimonio humano para probar un milagro, reveló su prejuicio en contra de la religión al hacer esta excepción:

Pero si este milagro se atribuyera a cualquier sistema nuevo de religión [...] esta circunstancia en sí sería prueba completa de fraude, y sería suficiente para hacer que todos los hombres sensatos, no solo desechen el hecho, sino que también lo desechen para no volverlo a examinar.⁴

Además de la mención que hace Hume de un milagro no religioso probado por testimonios, también reconoció que el informe de un milagro debe aceptarse si su falsedad fuera más milagrosa: «Ningún testimonio es suficiente para probar un milagro», dijo él, «a menos que el testimonio sea tal, que su falsedad fuera más milagrosa que el hecho que procura probar...».⁵ A Hume le faltó

considerar que si los milagros de la Biblia, sus autores y su influencia para fomentar la verdad, fueran falsos, se quedarían sin responder, y sin posibilidad de ser respondidas, las preguntas del hombre. La poderosa influencia de la Biblia en la promoción de todo lo que es verdadero, tiene sentido si los milagros de ella son verdaderos, pero si estos fueran ficticios tal influencia no tendría explicación.

Los milagros de que da cuenta el cristianismo no se llevaron a cabo en una esquina; fueron hechos en público. Además, fueron bastante variados, y ocurrieron durante un período de más de setenta años. El dar por sentado que fueron falsos —y que miles de personas fueron engañadas, muchas de las cuales murieron por su fe— es más difícil de aceptar que la realidad de los milagros. Por ejemplo, fueron miles de personas las que participaron del milagro de la multiplicación de alimentos. O fue que los apóstoles vieron la falta de alimento, observaron que este se multiplicó, lo distribuyeron, y recogieron más de lo que tenían cuando comenzaron, o fue que falsificaron sus informes. No era posible el engaño. Es obvio que los que caminaron rodeando el mar en búsqueda de más panecillos y peces no lo hicieron pensando que la multiplicación había sido una farsa.

Es más difícil suponer que Jesús fue el más astuto simulador y el hombre más cruel del mundo (al ofrecer falsamente descanso y salvación), que aceptar la realidad de los milagros. Más increíble que cualquier milagro es suponer que Él fue atormentador y sadista (al burlarse de las esperanzas del hombre) o que fue el hombre más engañado del mundo.

El razonamiento de Hume da por sentado que un milagro es una imposibilidad y que, por lo tanto, no hay testimonio que pueda validar algo que no pueda ocurrir. No obstante, en vista de que solo los ateos o los deístas dan por sentado tal cosa, el razonamiento de Hume es convincente únicamente para ellos. El pensamiento de Hume parece haber sido influenciado por una actitud negativa, pesimista, que lo convirtió en un escéptico crónico. El inevitable resultado de tal manera de pensar se observa en la desesperación, la confusión y la desesperanza de que era víctima. Su razonamiento lo echó a perder «por medio de filosofías y huecas sutilezas» (Colosenses 2.8). Hume fue de los que no dieron gracias por sus bendiciones, «sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido» (Romanos 1.21). Se engañó a sí mismo y fue víctima de su propia astucia, sembrando y

recogiendo desesperanza.

El rechazo del testimonio humano como prueba de los milagros es irrazonable y forzado.

«La ley científica de la uniformidad de la naturaleza hace imposible un milagro»

Un segundo argumento que se usa para oponerse a los milagros es que la ley científica de la uniformidad de la naturaleza —esto es, que la naturaleza se comporta siempre de una manera constante— no da cabida a los milagros. Se argumenta que, puesto que todo lo que experimentan la mayoría de los seres humanos tiene una causa natural, lógica, es imposible cualquier supuesta experiencia que no tenga una causa normal, natural.

No obstante, el hecho de que la totalidad de la experiencia de una persona sea natural y tenga una causa explicable, no significa que la experiencia universal sea la misma. Un científico puede correctamente observar que los sucesos actuales tienen causas explicables; basado en esta observación, puede además concluir (aunque incorrectamente) que jamás ha habido evento sobrenatural alguno. Al hacer esta suposición, se sale de su esfera de competencia. Puede correctamente dar testimonio de lo que sucede hoy día, pero no tiene forma de saber lo que sucedió en tiempos remotos. Su conclusión no sería científica; se habría introducido en ámbitos ajenos al conocimiento e instrumentación científicos. Habría abandonado lo físico y se habría metido en lo metafísico, el ámbito de las conjeturas que no se pueden probar. La ausencia de milagros en la naturaleza no niega la realidad de ellos en la historia. No es la ciencia natural, sino la histórica, la que puede referirse a este tema. Puesto que la experiencia de la ciencia está limitada tanto en el espacio como en el tiempo, no le incumbe hablar de dónde ni de cuándo ella no ha sido.

Aun si los científicos no estuvieran introduciéndose en ámbitos ajenos, al promulgar su edicto de la imposibilidad eterna de los milagros, su doctrina de la uniformidad los deja sin explicación para el comienzo de la materia, el comienzo de la vida y la supuesta evolución de esta. Si el principio de la uniformidad de la naturaleza niega los milagros, también niega el comienzo de la materia, el comienzo de la vida y la evolución de esta. Una mutación del cerebro de simios antropoides, para dar lugar al cerebro humano, sería sin duda un milagro tan grande como cualesquiera de los que se narran en la Biblia.

Así como el argumento basado en la insuficiencia del testimonio, no convence, el argumento

de que la uniformidad actual de la naturaleza excluye cualquier milagro del pasado, carece de solidez.

«Las afirmaciones que hace la Biblia, de milagros, no son más válidas que las que hacen paganos y otros»

El tercer argumento principal para eliminar la realidad de los milagros bíblicos consiste en estigmatizarlos, poniéndolos en la misma categoría de los supuestos milagros de los paganos y de otros religiosos. No obstante, del mismo modo que los defectos del dinero falso ayudan a identificar el dinero auténtico, las características de los milagros falsos y de los verdaderos pueden compararse. Al observar las diferencias, uno puede fácilmente distinguir entre los milagros verdaderos y los engaños.

Se le han atribuido milagros a Apolonio, un mago del siglo I; pero cuando uno examina los testimonios, estos son insuficientes. La única prueba que existe, proviene del siglo III y no del siglo I, y consiste en informes de segunda mano, no de testigos presenciales.

Si hubiera habido la más mínima razón para usar las leyendas acerca de Apolonio para bajar de categoría a Jesús, los críticos habrían utilizado estas. David Hume de hecho usó tres informes no fundamentados, de milagros; sin embargo, de tales informes, nadie dio testimonio con su vida. En cambio, en defensa de la veracidad de las obras y doctrinas de Jesús, los testigos presenciales sí dieron testimonio con su vida.

Otros supuestos milagros se relacionan con los nombres de Ignacio de Loyola y de Francisco Javier, pero es una relación que se establece únicamente por informes que se originaron a muchos años y kilómetros de distancia de tales hombres. Los milagros relacionados con Jesús, en cambio, tienen como prueba los informes que se originaron en la misma generación en la cual Él vivió, y por personas que vieron con sus propios ojos las maravillas que hizo.

No solo ha sido insuficiente la fundamentación que se les ha dado a las afirmaciones no bíblicas de milagros, sino que también los supuestos milagros son de un espíritu diferente de los bíblicos. Si bien, los milagros de Jesús tuvieron como propósito primordial darle credibilidad a Él, también fueron útiles y humanitarios. Jesús alimentó a los hambrientos, sanó a los enfermos y consoló a los dolientes. El marcado contraste en el espíritu de las afirmaciones de milagros no bíblicos, se observa en los trucos que se atribuyen a Simón Magus, tales como el hacer ladrar a perros de piedra y el hacer

hablar a las estatuas. También se dijo que Magus se transformó en una cabra, y que pasó sobre brasas ardientes.

No solamente era manifiesta la inferioridad del espíritu de los supuestos milagros no bíblicos, sino que también era diferente el propósito inmediato de estos. Mientras que el propósito primordial de los milagros bíblicos fue dar credibilidad, no fue así el de los no bíblicos, pues estos supuestamente ocurrieron en medio de los que ya habían aceptado la religión. Los supuestos milagros eran apéndices, no pruebas, de su religión.

Las principales objeciones a la realidad de los milagros de la Biblia, carecen de solidez y no convencen.

EL ARGUMENTO PARA ACEPTAR LOS MILAGROS BÍBLICOS

Por lo menos cuatro verdades importantes dan apoyo a las afirmaciones de la realidad de los milagros bíblicos: 1) El Libro que narra los milagros es completamente creíble, 2) Los milagros bíblicos no tienen señales de falsificación, 3) Los enemigos contemporáneos de Jesús y los infieles de tiempos posteriores no dudaron de Sus milagros, y 4) Son necesarios los milagros para explicar la vida de Jesús.

La credibilidad del Libro que narra los milagros

Muchas pruebas de diferentes clases (históricas, arqueológicas, de alusiones incidentales, del carácter de los autores y de efectos de los escritos) se unen para dar lugar a una opinión casi universalmente aceptada en el sentido de que la Biblia es el Libro más creíble del mundo. Si la Biblia fuera una producción de dudosa autoridad, el sentido común exigiría que se desecharan sus relatos de eventos sobrenaturales. Por el contrario, si la Biblia es indiscutiblemente el Libro más confiable que jamás se escribió, el sentido común exige que se acepten sus relatos de milagros. Si la credibilidad de la Biblia no se puede obviar, lógicamente no se pueden desechar sus milagros. La misma fiabilidad de la Biblia llega a ser, por lo tanto, una sólida prueba de la realidad de los milagros que narra.

Los milagros bíblicos no tienen señales de falsificación

Una segunda sólida razón para aceptar la historicidad de las maravillas bíblicas es la ausencia de señales de falsificación. Un engañador trabajaría para recibir cuanta publicidad le fuera posible; pero Jesús, por extraño que parezca, algunas veces prohibió que se divulgaran Sus obras.

Aparentemente, hizo esto con el fin de evitar el espíritu irreflexivo, propio del populacho, de los que no verían en Él Su deidad, sino únicamente a un hacedor de maravillas. Por la razón que haya sido que prohibiera la divulgación, esto es algo que un engañador no hubiera hecho.

Además, un engañador haría todo lo que estuviera dentro de sus posibilidades para aumentar el valor de los milagros. El humilde carpintero de Nazaret, entendiendo perfectamente los valores relativos, descontó algunas veces el valor de los milagros. Para los que habían decidido no convencerse de la deidad de Él, los milagros hubieran sido un esfuerzo desperdiciado. No permitió que los milagros se convirtieran en un fin en sí mismos. Un engañador no minimizaría de tal manera su habilidad para hacer maravillas.

El hecho de que a Juan el Bautista no se le atribuyera milagro alguno demuestra que los autores del Evangelio no eran simplemente entusiastas que hacían un relato ficticio. Además, el hecho de que no le atribuyeron milagros a Jesús antes de Su ministerio público, es señal de que estaban escribiendo historia, no de que estaban inventando historias. Además, el hecho de que solo unos pocos casos de resurrección de muertos se recogen, es señal nuevamente de que los autores no eran simplemente entusiastas. El negarse Jesús a presentar un espectáculo para el rey Herodes es exactamente lo opuesto a lo que Simón el hechicero hubiera hecho.

En lugar de señales de falsificación, los evangelios tienen, más bien, lo contrario de estas. El racionalista francés Joseph Renan dijo que los evangelios contienen todas las señales internas de autenticidad, y que el testimonio externo confirma las principales verdades.

Los enemigos de Jesús no dudaron de Sus milagros

Una tercera sólida prueba de la realidad de los milagros de los evangelios la constituye el hecho de que los enemigos contemporáneos de Jesús, y los infieles de tiempos posteriores, no negaron Sus milagros. La mayoría de ellos no creían en la deidad de Jesús; sin embargo, no hay una sola instancia de alguno que dudara de Sus milagros.

Los fariseos reconocían la realidad de los actos por los cuales Jesús levantó a Lázaro del sepulcro y hacía otros milagros. Dijeron: «¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación» (Juan 11.47-48). Si hubieran tenido alguna

duda, solo hubieran tenido que viajar dos o tres kilómetros hasta la morada de Lázaro. En lugar de negar que Lázaro había sido resucitado, procuraron destruir las pruebas, consultando entre sí para matar a Lázaro.

El rey Herodes Antipas no solamente creyó que en Jesús operaban poderes milagrosos (Mateo 14.2), sino que también quiso verlos personalmente (Lucas 23.8). Judas Iscariote dio testimonio de que Jesús no era impostor (Mateo 27.3-4). Cuando Jesús estaba siendo juzgado, Sus acusadores buscaron cualquier pretexto para declararlo culpable. Usaron muchos testigos falsos (Mateo 26.60; Marcos 14.55-56), pero no encontraron a nadie que jurara que los milagros de Jesús eran falsos.

El día de Pentecostés, Pedro habló de Jesús a miles de personas, entre las cuales estaban muchos que habían crucificado a Este. No hubo quien le rebatiera, cuando proclamó que Jesús había hecho «maravillas, prodigios y señales» entre ellos, como ellos mismos sabían (Hechos 2.22). En cuanto a la sanidad de un cojo que no se podía valer por sí mismo, los que aborrecían el cristianismo reconocieron que «de cierto, señal manifiesta» y «notoria» había sido hecha, y dijeron: «no lo podemos negar» (Hechos 4.16). Simón el hechicero, un hombre que conocía lo falso, estaba convencido de que Felipe hacía «señales y grandes milagros» (Hechos 8.13), y estaba maravillado.

No solamente los enemigos contemporáneos de Jesús aceptaron la realidad de Sus milagros, sino que también lo hicieron incrédulos de tiempos posteriores. Rabinos judíos que escribieron en el Talmud, reconocieron que los milagros de Jesús fueron reales, atribuyéndolos a la magia, o al «poder del venerable nombre de Jehová».

También hubo gentiles incrédulos que, aunque buscando defectos en el cristianismo, no atacaron la realidad de los milagros de los evangelios. En el siglo II, Celso escribió contra la religión de Jesús, pero no dudó una sola vez de los milagros. Los atribuyó a la magia que, según él, Cristo aprendió en Egipto. Cerca del año 270, Porfirio, un enconado adversario, trató de destruir el cristianismo. Sus escritos muestran que tenía algún conocimiento del Nuevo Testamento, pero ni siquiera una vez negó los milagros. En el 303, Hierocles, gobernador de Bitinia, buscó fallas y contradicciones internas en el Nuevo Testamento. El libro que resultó de ello no menospreció la realidad de ninguno de los milagros. Julián el emperador (Julián el apóstata) hizo todo lo que pudo por erradicar el cristianismo. En el año 361 él también atacó la religión de Jesús en sus escritos. No negó ni un solo milagro, sino

que más bien reconoció que Jesús sanó personas, echó fuera demonios y anduvo sobre el agua.

Los primeros incrédulos judíos y gentiles se hubieran deleitado exponiendo el más ínfimo engaño que sustentara la religión de Jesús. El hecho de que estos críticos no pudieron decir nada en contra de Sus milagros, es testimonio silencioso, no voluntario, y poderoso, de la autenticidad de ellos.

Son necesarios los milagros para explicar la vida de Jesús

Una cuarta sólida razón, para aceptar la realidad de los milagros bíblicos, es el hecho de que la vida de Jesús es inexplicable en términos de puras suposiciones naturalistas. Ha habido quienes han tratado de separar lo milagroso de lo natural en la vida de Jesús, pero no han tenido éxito. Los dos forman un todo armonioso. Ninguno tiene sentido sin el otro.

Parte de la vida de Jesús fue la reacción de Sus oponentes a Su poder milagroso. La respuesta de ellos no tendría sentido si Él no hubiera echado fuera espíritus inmundos.

Jesús tomó de la mano a una mujer con fiebre, expulsó la fiebre y enseguida ella le sirvió. Lo milagroso se funde con lo natural.

Grandes multitudes seguían a Jesús. Su influencia en las multitudes es comprensible con Sus milagros; pero sin estos tal poder de atracción sería un enigma, y el mejor hombre del mundo tendría que ser representado como un engañador.

Una parte importante del ministerio de Jesús fue la fe que Sus apóstoles tuvieron en Él. Esta fe sería inexplicable si Él hubiera sido un charlatán, pues en este caso Él solo podía impartirles los secretos del oficio. Después de seguirlo durante tres años, creyeron que Sus milagros eran reales.

CONCLUSIÓN

Ningún análisis de la validez de los milagros de la Biblia sería completo sin hacer consideración del milagro más grande de todos: la resurrección de Jesucristo. Se presenta a continuación una lección sobre este milagro. Por favor considérela detenidamente y en oración.

¹ David Hume, *An Enquiry Concerning the Human Understanding (Investigación sobre el Entendimiento Humano)*, y *Enquiry Concerning the Principles of Morals (Investigación sobre los principios de los valores morales)*, ed. L. A. Selby-Bigge (Oxford: Clarendon Press, 1894), 120.

² *Ibid.*, 127.

³ *Ibid.*, 127-28.

⁴ *Ibid.*, 128-29.

⁵ *Ibid.*, 115-16.

EL MILAGRO MÁS GRANDE: LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

HUGO McCORD

Desde cierto punto de vista, un milagro es tan difícil y a la vez tan fácil como cualquier otro. Se necesita poder sobrenatural para todos. No obstante, desde otro punto de vista, uno de cada dos milagros que se recoge en la Biblia, es de menor consecuencia que la resurrección corporal de Jesús, en la cual la muerte dejó de tener dominio sobre él. Si el milagro de la resurrección de Jesús se puede corroborar, no hay duda de que todos los demás milagros bíblicos son creíbles.¹ Por lo tanto, bien podría decirse que tan importantes y tan trascendentales son las implicaciones de la resurrección de Jesús, que todas las pruebas de todos los milagros bíblicos dependen de que se pruebe ya sea la veracidad, o la falsedad de esta.

De allí que, un estudio especial de lo que sucedió al tercer día después de la sepultura de Jesús, sea una manera sencilla y directa de probar ya sea la veracidad o la falsedad de los milagros bíblicos en general.

SUPONGA QUE NO FUE RESUCITADO

La siguiente es una reseña de seis posibles explicaciones de lo que sucedió al cuerpo de Jesús, suponiendo que no fue resucitado.

1) *El cuerpo fue hurtado por los discípulos de Jesús:* Que el cuerpo de Jesús fue hurtado por Sus discípulos es la más antigua teoría de los incrédulos; la misma que los principales sacerdotes de los judíos pusieron en boca de los soldados que habían servido de guardia del sepulcro. (Vea Mateo 28.1–15.) La teoría da por sentado que todos los soldados se durmieron mientras estaban de guardia; y que esto no impidió que pudieran dar testimonio de lo ocurrido mientras dormían. Significa, además, que los discípulos que participaron en el hurto tuvieron tiempo para quitarle los lienzos a Jesús, poniéndolos en un lugar; y también tiempo para quitarle el sudario que envolvía Su cabeza, enrollándolo y poniéndolo en un lugar aparte, dentro del sepulcro vacío. Esta teoría presenta como mentirosos a los discípulos de Jesús; a pesar de ser hombres que más bien andaban instando a la gente a ser veraces.

2) *La teoría del desmayo.* Una segunda teoría dice que Jesús en realidad no murió, sino que tan solo se desmayó. Luego, al volver en sí, le dijo a la gente que había sido resucitado de entre los muertos. Tal teoría da por sentado que Jesús siguió vivo después de una terrible experiencia de seis horas en posición vertical en la cruz, después que

un soldado le traspasó el costado con una lanza y después de estar tres días dentro de un sepulcro sellado. Esta teoría afirma que el Jesús herido, sangrante, sin alimento que lo sustentara, volvió de su desmayo tres días después, se quitó los lienzos y el sudario que envolvía Su cabeza, movió una piedra «que era muy grande» (Marcos 16.4), eludió a los guardias, y caminó veinticuatro kilómetros hasta Emaús, de donde volvió a venir.

En realidad, Pilato no liberó el cuerpo sino hasta que el centurión pudo certificar la muerte de Jesús. Además, los judíos estaban seguros de que Jesús había muerto de verdad.

3) *El cadáver fue hurtado por los enemigos de Jesús.* Una tercera teoría asevera que el cadáver de Jesús fue hurtado por Sus enemigos. Si así hubiera sido, no hay duda de que el cristianismo no hubiera durado mucho. La nueva religión hubiera recibido un golpe mortal, con solo que los enemigos de Jesús hubieran presentado el cadáver de Este, como prueba de que Jesús seguía muerto.

4) *Una alucinación.* Una cuarta teoría, que la mayoría de los incrédulos aceptan, es que los discípulos de Jesús sufrieron una alucinación —que deseaban tanto ver a Jesús otra vez, que creyeron verlo. Más bien fue al contrario, Sus discípulos no esperaban verlo otra vez. Ni siquiera creyeron la noticia de la resurrección la primera vez que la oyeron. En realidad, ellos fueron los primeros escépticos; pero fueron sinceros en su escepticismo. Una persona con actitud de duda no está propensa a ser víctima de alucinaciones. Además, si los discípulos hubieran sido víctimas de tal clase de imaginación, varios hechos hubieran quedado sin explicación. La teoría de la alucinación no incluye una explicación para el sepulcro vacío. No explica cómo los discípulos habrían comido pescado con Él a la orilla del lago, ni cómo habrían tenido quinientas personas una misma ilusión. Además, no considera cómo tres mil personas pudieron hacerse creyentes menos de dos meses después, ni por qué, a pesar de que las apariciones de Jesús cesaron, la creencia en Su resurrección llegó a ser permanente.

5) *Resurrección mental.* Una quinta teoría mantiene que el cuerpo de Jesús siguió muerto, pero que, en vista de que Sus discípulos siguieron pensando en Él y vivieron según Sus enseñanzas, para ellos Jesús seguía vivo. De este modo, ellos podían decir que Jesús había resucitado para vivir

en los corazones de los hombres. En otras palabras, según esta teoría, la resurrección era totalmente mental. No obstante, esta teoría deja sin explicación el sepulcro vacío. También deja sin explicación la repentina transformación de los desconsolados discípulos, en decididos mártires por Cristo, dando testimonio de que palparon al Jesús resucitado.

6) *Visión objetiva de un espíritu.* Una variación de la resurrección mental es que los discípulos sí vieron el espíritu glorificado de Jesús, sin que Su cuerpo resucitara. Esta teoría se concibió debido a la urgente necesidad de explicar por qué los discípulos incrédulos se transformaron repentinamente en creyentes decididos de la resurrección.

No obstante, la debilidad de la teoría es que simplemente sustituye un milagro por otro: si bien es difícil creer en una resurrección corporal, es igualmente difícil creer que un espíritu sea visible. Además, esta teoría no explica cómo llegó a estar vacío el sepulcro. Aún más, Jesús permitió que se tocara Su cuerpo, y Él ingirió alimentos junto con Sus discípulos para probar que no era un simple espíritu.

PRUEBAS DE LA RESURRECCIÓN CORPORAL DE JESÚS

Hay por lo menos ocho elementos de prueba que llevan a la conclusión de que el cuerpo de Jesús fue levantado de entre los muertos después de tres días: 1) el sepulcro abierto, 2) el sepulcro vacío, 3) los lienzos, 4) el sudario enrollado, 5) los testigos presenciales, 6) la credibilidad del Nuevo Testamento, 7) la existencia del cristianismo, y 8) los memoriales.

1) *El sepulcro abierto.* El hecho de que una gran piedra se puso sobre el sepulcro, y que a esta se le puso un sello, obliga a considerar cómo fue abierto tal sepulcro. Por supuesto que no fueron los romanos los que lo abrieron, pues estos estaban apostados allí para cerciorarse de que no se abriera. Desde luego que tampoco los judíos lo abrieron, pues estos eran los que habían pedido que se lo protegiera de cualquier intruso. No hay duda de que tampoco lo abrieron los discípulos, pues estos no podían haber vencido la guardia, ni eran ellos de tal carácter. Fue de algún modo, sin embargo, que el sepulcro se abrió. Si la piedra no fue removida por un ángel, como lo relata el evangelio de Mateo, sigue siendo una pregunta sin respuesta quién abrió el sepulcro.

2) *El sepulcro vacío.* El problema de la remoción de la gran piedra no es el único que deba considerarse, pues otra cuestión importante es cómo llegó a estar vacío el sepulcro. Uno no puede imaginarse una razón por la cual la guardia romana habría querido quitar el cadáver. Los judíos

deseaban estar seguros de que el cuerpo permaneciera en el sepulcro. Fueron los discípulos de Jesús los que pusieron el cuerpo en el sepulcro; allí era donde lo querían —aun si hubieran deseado que se quitara el cuerpo, no podían haber eludido la guardia. Si Jesús no hubiera resucitado por su propio poder divino, y no hubiera salido del sepulcro, seguiría siendo una interrogante sin respuesta cómo este llegó a estar vacío.

3) *Los lienzos.* En el sepulcro fueron dejados unos exquisitos lienzos fúnebres de lino, de un material llamado sindon (tela india de gran calidad) que un hombre rico compró. Si el cuerpo hubiera sido tomado por saqueadores de tumbas, estos habrían deseado los caros lienzos de lino. Si los discípulos hubieran podido llegar al sitio a hurtadillas, sin ser vistos por los guardias, y si hubieran removido la gran piedra y hubieran hurtado el cuerpo, uno no puede explicarse por qué se habrían tomado el tiempo de quitar los lienzos del cuerpo de Jesús. Si no fue que Jesús mismo se quitó las vestiduras fúnebres, sigue siendo un misterio por qué fueron dejadas en el sepulcro.

4) *El sudario enrollado.* Aunque no junto a los lienzos, sino que enrollado y en un lugar aparte del sepulcro vacío, estaba un sudario. No fue arrojado apresuradamente, sino que fue plegado. Quienquiera que haya quitado el sudario, no lo hizo con prisa, sino que actuó metódicamente. Los supuestos saqueadores del sepulcro, hayan sido los discípulos o no, no hubieran dedicado tiempo a quitar el sudario; y aun si lo hubieran hecho, habrían actuado apresurada y descuidadamente. Si no hubiera sido que Jesús mismo se quitó deliberadamente el sudario y lo enrolló, y lo puso en un lugar aparte, seguiría sin saberse por qué esta prenda fue dejada aparte y enrollada.

5) *Los testigos presenciales.* Los apóstoles dieron testimonio de que después de la resurrección de Jesús, ellos comieron y bebieron con Él, de que lo vieron con sus propios ojos, de que lo oyeron hablar, y de que lo palparon. O fueron engañados por la mejor persona del mundo, o conspiraron para inventar un relato. Si lo palparon y pudieron ver sus manos y costado heridos, si lo oyeron hablar, no pudieron haber sido engañados. Ahora bien, si deliberadamente hubieran fraguado una falsedad, la única retribución hubiera sido que hirieran su conciencia. Ellos sufrieron necesidades corporales y tratos crueles por su creencia. Se quedaron sin hogar; fueron insultados, perseguidos y calumniados. Verdaderamente, al llegar a ser como la escoria del mundo, el desecho de todos, fueron insensatos por amor de Cristo (1^{era} Corintios

4.10–13). Si bien instaban a hablar la verdad, algunas teorías nos quieren hacer creer que ellos mismos eran mentirosos. En vista de que los apóstoles no fueron engañados, ni fueron faltos de sinceridad al dar su testimonio, la única alternativa es que dijeron la verdad. El testimonio de los apóstoles como testigos presenciales es una sólida prueba de que hubo una resurrección corporal.

6) *La credibilidad del Nuevo Testamento*. Los documentos escritos que componen el Nuevo Testamento dan testimonio de la resurrección corporal de Cristo. Estos libros, que han sido aceptados como los más fidedignos libros de historia, no pueden ser tomados a la ligera. Ellos por sí solos constituyen un conjunto de sólidas pruebas, lo cual no tendría explicación si la resurrección corporal fuera ficción. No tendría sentido que veintisiete volúmenes tan bien confirmados, cuyas páginas inspiran tanto crédito, se categorizaran como el timo más grande del mundo. Si la resurrección fuera una farsa, quedaría sin respuesta la pregunta acerca de cómo estos veintisiete libros llegaron a merecer tanta confianza.

7) *La existencia del cristianismo*. La realidad de la resurrección de Jesús explica fácilmente el nacimiento y crecimiento del cristianismo. Pero si el líder de este hubiera seguido siendo cadáver, sería extraño que millones de personas aceptaran una religión —única en su género— que se basa en la

resurrección del cuerpo de Jesús del sepulcro. Sin esta resurrección, el cristianismo habría muerto al nacer.

8) *Los memoriales*. La realidad de la resurrección de Jesús hace que tenga sentido el significado de la Cena del Señor y del Día del Señor. Si no hubiera habido resurrección corporal, estos memoriales no tendrían sentido.

Si hubo una resurrección corporal, una simple respuesta basta para explicar cada una de las pruebas enumeradas aquí. Ninguna otra explicación concuerda con todos los hechos. Otras explicaciones introducen más problemas de los que resuelven, suscitando interrogantes, incertidumbre y confusión. Es necesario vérselas con las anteriores ocho pruebas para poder llegar a una conclusión sobre el tema de resurrección de Jesús.

CONCLUSIÓN

Hemos reseñado seis explicaciones acerca de lo que hubiera sucedido al cuerpo de Jesús si Éste no hubiera resucitado corporalmente. El análisis revela que carecen de pruebas y no convencen. Únicamente la conclusión en el sentido de Jesús en realidad se levantó de la muerte, concuerda con todas las pruebas y da esperanza.

¹ Vea la lección de Hugo McCord que lleva por título «¿Ha hecho Dios milagros?», en la edición «El Dios vivo y verdadero» de *La Verdad para Hoy*.